

AGENDA CIUDADANA

ÉTICA Y POLÍTICA O DE ATENAS A ATLACOMULCO

Lorenzo Meyer

El Punto de Partida

Hoy, cuando en México política y corrupción son casi sinónimos, cuando el fantasma de Cesar Borgia deambula libremente por los corredores del poder, es imperativo hablar de la ética en la política. Es necesario confrontar al espíritu que anima al Grupo Atlacomulco, por ejemplo, con el de la Academia de Atenas o, al menos, con el de Max Weber.

La discusión en torno a la relación entre la ética y la política es tan antigua como la ciencia política misma. La ética (de *êthos*, costumbre), es el cuerpo de ideas que nos permite distinguir entre lo moralmente correcto y lo incorrecto. La esencia de la política (de *politikós*, relativo a la *pólis* o ciudad), es el poder; esa relación asimétrica entre individuos basada en la autoridad y, al final de cuentas, en la fuerza. Es desde esta perspectiva que Agnes Heller definió a la ética como la búsqueda de la armonía entre moralidad y legalidad, es decir, entre la moralidad y poder político; una búsqueda de siglos y que entre nosotros no ha dado mayor resultado.

Los Orígenes

Pese a lo turbulento y corrupto de la época en que vivieron, Platón (427-347 a.C.) y Aristóteles (384-322 a.C.), consideraron que, en principio, política y moral eran compatibles. Desde su

perspectiva, la auténtica política tenía que ser ética, pues su propósito último era arraigar en los miembros de la *polis* los hábitos, el *êthos* de la conducta recta, única vía real a la felicidad. Por tanto, la ciencia política -de la que ambos fueron fundadores-, era una ciencia moral.

En esta visión clásica no había distinción entre sociedad y Estado; el individuo existía por y para la comunidad; sólo en ella se podía desarrollar a plenitud. La política no era sólo una forma más de actividad social, ¡era la actividad social por excelencia!. Sin embargo y pese a su centralidad, la actividad política no era la propia del individuo plenamente moral. La auténtica virtud correspondía no a la búsqueda del poder y los honores, sino del conocimiento y la verdad. Así, por sobre el político, estaba el filósofo. Por ello la política nunca podría estar en manos de los mejores. Aristóteles incluso sospechó que: "...quizá no sea lo mismo en todos casos el concepto de hombre bueno y el de buen ciudadano". Aquí está el principio de una tesis radical: la incompatibilidad entre ética y política.

El Cristianismo o la Redefinición.

Con el advenimiento del cristianismo, la virtud ya no fue, como en Grecia, igual a conocimiento, ni el conocimiento el camino a la felicidad. En la decadencia del gran imperio romano, el cristianismo representó una moral que tenía poco o nada que ver con la de la Grecia clásica. No sería ya por la razón y el conocimiento como se llegaría al bien supremo -Dios- sino por la fe y la gracia. Además, la salvación era un acto profundamente individual y bastante ajeno, incluso antagónico, a la política.

Con el cristianismo, la política perdió definitivamente el nivel de importancia práctica y moral que había logrado en la *polis*. De los padres de la Iglesia, San Agustín (354-430) es quizá quien tomó la ruta que más alejada del pensamiento clásico en esta materia. Al trazar la dicotomía entre la Ciudad Terrena y la Ciudad de Dios -siempre en lucha-, dejó en un plano de importancia muy secundario al poder temporal. La verdadera felicidad no era asunto de este mundo, y la sociedad política no era ya un vehículo indispensable para lograr la auténtica finalidad del ser humano, pues la beatitud se podía alcanzar al margen de la sociedad, como bien lo demostraron los ermitaños. Y si la Iglesia prefiguraba ya la Ciudad de Dios, el Estado se acercaba peligrosamente a lo opuesto: a la Ciudad Terrena, al dominio de Satanás, pues los reinos de este mundo eran producto de las ansias de dominación. Finalmente, el santo rechazó la lealtad total del ciudadano a la *polis*, y la trasladó a la Iglesia, única institución digna de compromiso tan profundo.

De la Política sin Ética.

Con Nicolás Maquiavelo (1469-1527), o más bien con la visión renacentista del poder que él simbolizó, el pensamiento político de Occidente dio un vuelco espectacular. La nueva ciencia política vio al mundo no como debería ser, sino como efectivamente era; la política era *realpolitik* o no era. Mientras Savonarola -el príncipe-sacerdote- terminaba en la hoguera de Florencia por insistir en enfrentar a la corrupción, Cesar Borgia -que era la corrupción misma-, triunfaba. Este contrapunto fue la base de toda la reflexión de Maquiavelo.

El florentino no vio en el Estado nacional que estaba naciendo ningún fin inmanente, sino energía pura a disposición del gobernante, que podía moldear. En su análisis, Maquiavelo adoptó la perspectiva del príncipe porque al súbdito lo vio como un mero objeto -bastante simple, carente de virtudes y perfectamente manipulable.

El objetivo del príncipe sólo debía ser uno: el lograr, consolidar y ensanchar su poder; el éxito era la medida de todas las cosas políticas -incluidos los medios- y ese éxito en mucho dependía de la voluntad del príncipe para aprender "a no ser bueno y a usar o no usar de este conocimiento según las necesidades del caso". Tal actitud, -la no bondad- era resultado de esta conclusión: "algunas cosas que pasan por virtud, si se les sigue, le llevarán a la ruina, en tanto que otras que pasan por vicio, si se les sigue, conducen a la seguridad y al bienestar". De ahí que, si las circunstancias y el objetivo lo requirieran, el príncipe podía y debía asesinar, traicionar, mentir, robar, ser cruel y manipular todos los sentimientos, incluido el religioso.

La brutalidad de la política maquiavélica resultó tal, que su autor se sintió obligado a hacer al menos una concesión o justificación a la virtud: el camino del príncipe sin ética podía producir algo positivo: la independencia y estabilidad del país, evitando al pueblo los incontables sufrimientos que una Italia desunida, como la que vivió Maquiavelo, padecía por las luchas intestinas y las invasiones de franceses y españoles.

La Ambigüedad como Herencia

La controversia desatada por Maquiavelo hace más de cuatro siglos, continúa. En principio, el rechazo al maquiavelismo -la doble moralidad, una para los gobernantes y otra para los gobernados- se mantiene. Sin embargo, en la práctica, su vigencia es tan obvia que nadie puede negarla. La tensión entre las dos éticas persiste. En términos generales, los políticos tienden a comportarse como *El Príncipe*, mientras que los ciudadanos -los objetos de la política- insisten en rechazar tal conducta en nombre de la legalidad, la dignidad y de una ética única y válida para todos.

Una solución de raíz a esta permanente contradicción entre gobernantes y gobernados, se encuentra en la oferta de los anarquistas o los marxistas. Para ellos, la tensión entre ética y política es simplemente irresoluble, y mientras subsista el Estado no se logrará el imperio de la moral; para conseguir esto último, se debe abolir la política misma, es decir, la propiedad y el Estado. Sólo sin política podrá lograrse cortar el nudo gordiano y construir una sociedad verdaderamente ética.

Pero la propuesta radical -que hoy aparece más utópica que nunca- no ha sido la única. Hay soluciones de compromiso, más realistas. Una de ellas se encuentra en Max Weber (1864-1920), específicamente en su conferencia de Munich de 1918: "La política como vocación".

Toda conducta que se orienta éticamente, señala Weber, esta finalmente guiada por una de dos éticas irreconciliables, pero éticas al fin: la de los fines últimos o la de la responsabilidad. La primera, es la propia de los santos, cuyo

reino no es de este mundo: su finalidad última debe ser perseguida sin importar las consecuencias. En contraste, la ética de la responsabilidad es, o debiera ser, la del hombre de mundo, la del político; en este caso, el objetivo final también tiene valor en sí mismo, pero no al punto de pasar por alto las consecuencias prácticas de la conducta encaminada a lograrlo. En la ética de la responsabilidad, ninguna intención, por buena que sea, logra justificar una catástrofe en el aquí y ahora.

La responsabilidad que Weber le atribuye al político, es la que debe a la "causa" a la que sirve. El aspecto ético de la acción política está en la subordinación del "instinto de poder" -presente e inevitable en todo político- a una conducta racional al servicio de un fin que supere al mero oportunismo; sin ese fin superior, el "instinto de poder" no puede objetivarse, se convierte en autointoxicación, en pura demagogia, y finalmente conduce a uno o en los dos únicos pecados fatales que, según Weber, hay en política: falta de objetividad e irresponsabilidad.

El sociólogo alemán concluye: "Aquel que busque la salvación del alma, la suya o la de otros, no debe hacerlo por el camino de la política, porque las tareas políticas son muy diferentes pues sólo se pueden llevar a cabo mediante la violencia. El genio de la política vive en una tensión profunda con el dios del amor y con el dios cristiano que presenta la iglesia".

El Problema de México

La naturaleza del sistema político mexicano actual, lo sabemos, es la propia de una organización autoritaria del poder. En su origen, este poder autoritario contó con un proyecto

nacional -producto de una gran revolución social- que le dio cierto sentido. Tal proyecto puede resumirse así: incorporación de las masas indígenas y rurales a la nación mediante la reforma agraria y la educación, nacionalismo, modernización económica y social y, en un futuro nunca especificado, la estructuración de un Estado democrático.

Hace ya buen tiempo que el proyecto, "la causa", de la Revolución Mexicana, se agotó. Hace medio siglo que la política autoritaria mexicana no ha tenido más objetivo real que mantener en el poder por el poder mismo, por los enormes beneficios materiales que da al grupo que se reproduce cada sexenio por medio de un partido de Estado. La "tercera ola democrática" mundial se ha estrellado frente al peñón de un autoritarismo añejo, muy institucionalizado, flexible, sin ideología, oportunista y notablemente corrupto y corruptor.

La irresponsabilidad política en el sentido weberiano de la élite del poder mexicana, es desde hace tiempo, su sello característico. En el México de fin de siglo el triunfo de Maquiavelo ha sido completo. Nuestro país ha disfrutado de la mayor estabilidad en la América latina del siglo XX, pero el costo ha sido altísimo: la corrupción de la administración de la cosa pública y de la justicia y la degradación de toda la vida cívica . Es urgente volver a repensar el problema de nuestra ética política.